

POESÍAS DE SANTIAGO DE LA SIERRA

ESTROFAS

I

Era una larga, una densa,
calurosa noche negra de verano,
los dos acóibamos juntos
y en la oscuridad del cuarto,
hacíamos y deshacíamos
castillos..., con las manos

II

Perfume del insomnio,
dulce carne sobre el lecho derramada,
tu pecho buscando el mío
como a la playa las olas..., desmayadas.

III

Puede aún palpar tu aliento en mis mejillas
y abagarme en el perfume que dejó tu pelo.
Aún galopa en mis venas el latido
que entre mis sábanas olivó tu cuerpo.
Puede aún distinguir entre las cosas
mi nombre por tu voz estremecido.

IV

Amo la quietud silenciosa de los pinos,
de las naves de las viejas iglesias,
de las horas pasadas
a la sombra de tu pelo.

V

Mujer singular de dedos puros
que aprendiste en mi piel a hacer caricias,
no me malquieras si dejé que te marcharas
són cubierta con tu técnica de lirios.

VI

P préstame tu risa, préstame tu voz
con ellos podría
dividir las formas
y darte en mis versos
a mi mejor yo.

VII

Nos amábamos?, Quédate...
más el tiempo y el olvido
dudaron de esa verdad.
Hoy me cruzamos en paz,
tu ibas con tu marido
y yo con mi soledad.

VIII

Morir por un beso... que cruel ironía,
cuando aquí en mis labios todo se sabía.
Cómo es que has podido trastornar mi mente
Por qué, di por qué, me has besado en la frente?

IX

Despejar la incógnita del alma
traí en vano en pasadas estancias.
Hoy sólo quiero recordar las escencias
que me devuelvan la perfida calma.

En un abanico

En esencia de poesía el abanico
y hay esencia de abanico en la poesía
que el ritmo y el aire que me movía
son los mismos que en verso te he dicho.

En un abanico

Cuando dejas esta noche tu abanico
gáldale dulcemente y con cuidado
que mis besos se quedaren atrapados
por quererme llegar hasta tus labios.

En un abanico

Abanico de plumas dulces heraldo
de la pequeña mano de marfil
De su hermesura es gentil respaldo
y de su gracia el mejor arial.

**Homenaje de un hombre público
a una acedemista dama**

Un clarín, doce broncos,
un discurso y una estatua,
para la noche más dulce...
y la más patriótica alcohada.

En un abanico

La dueña de este abanico
tan bella como discreta
ha dicho que un tal poeta
tiene cara de berrico.
Y yo señora es suplico,
que me entregada la receta
Dónde hallar una careta
que iguale a vuestro abanico?

Musa

Se durmieron despacio las adelfas
resgó el grillo quedadamente su guitarra
se detuvo el viento en las alivas
a escuchar sus historias milenarias.

Aromas tibias y verdes
entraban por la ventana
y se ambrangaba la noche
con el sueño de las parras.

En un cielo indiferente,
la luna pequeña y rauda,
jugaba a las escondidas
detrás de las nubes altas.

Los Amantes

Insolera, húmeda, aromada,
en un feliz silencio sumergida,
quedó la tierra tras la lluvia, vencida,
y el tiempo a lo lejos dio una campanada.

Tarde gris,
llovizna fría,
Sangre joven,
y una alceba
de cristales empañados.
Disto mudo,
luz de lumbrera
que bronca
piel desnuda.
Ojos pardos
muy abiertos,
y una espera....
blande choque
de suspiros apretados,
rumor de hojas
acodadas suavemente
por el viento.
Cuatro matos eslabonados
que declinan
sus caricias
hacia el suelo

Tarde de verano

El viento de la tarde,
tratando despacio,
viene cargado de juncos,
de alca y pláncago.
El cielo lleno de pájaros
y abajo, sudando, apaco,
el río arrastra camado

su corazón de guijarros.
Tiene la color morena
como la gente del campo.
En la orilla, garzas blancas
le van murciendo las aguas
con sus agujas de plata.
Desde lejos, sol y sueño,
y voces que llegan quedas
parecenme los guijarros
que al pasar, le hacen redonda,
hasta que el río los siembra
en fina lluvia de nécor
a la vera del barranco.
Te cobijé esa tarde
dentada de estancia
como una cesta olvidada
sobre el trébol verde
con sombrillas blancas,
como una cesta llena
de anahares y de naranjas.

El beso

Partió del hombro derecho
rozando la piel apenas
y destacando en la nuca,
después de un breve rodeo,
arizado y arizante
fue a morir al hombro izquierdo;
con él murió aquella tarde
tu resistencia de pétalos.

Soledad y tu recuerdo

La noche pasa embonada
al viento su negro pelo,
trase húmeda la mirada
de estrellados ojos negros.
De los árboles alada
nube de insectos con el suelo
y se cubre a su llegada
de murciélagos el cielo.
Todo opaco, todo ciego,
todo oscuro, todo negro.
Galope de siglos muertos

Lleva la noche embocada.
Por dos damas va escaltada,
soledad y tu recuerdo.

Mis ojos

Me dijeron esta tarde
que son mis ojos estanques
donde duermen dulcemente
hechiceras aguas mansas.
Que son espejo galano
En las noches de cacería
de apasionados amores,
de rosas y lunas blancas.
No lo creas...
mis ojos no son estanques
aunque desborden de lágrimas,
y tampoco son espejo,
que de serlo espejarían
esas cosas que me cuentan,
y aún otras que no acierto
a comprender espejadas.
Si tú te acercas a ellos,
verás la verdad desnuda.
Una, pura, hermosa y cálida,
sólo y siempre, está tu cara.

Si hubiera entre vosotros una

Si hubiera entre vosotros una
que pudiera respetarme en mi silencio
y comprender y compartir quisiera,
mi soledad, pensamiento a pensamiento.

Que supiera amarme así sencillamente,
en mi pequeñez, tal como yo quisiera,
sin ansiar ver un día coronado
con vaneos laureles mi cerebro.

Si hubiera entre vosotros una
que a la bondad tuviera por belleza,
y ejerciera su influencia con ternura
destrozando mi alma de asperosidad.

Que en toda su grandeza comprendiera
el sublime infortunio de ser madre,
y en verdad más allá no creyera,
que ser mujer es sobre todo eso.

Ay! Si hubiera entre vosotras una...
contenida en la textura de estos versos.

La bella indiferente

Pasaste hoy a mi vera
con tu sonrisa ligera
levantando la mara,
como si yo no existiera,
tan seguida y altanera
como alguna emperatriz,
o una perra perdiguera
que vé tusa y a la espera
de que vuele la perdiz.
Ni me miraste siquiera,
más porque no me ofendiera
fuiste tan buena actriz,
y tu expresión más sincera
sufrióte rauda desfil...
que con tu gracia hechicera
y en una salvadera
como una flecha certera
fue a clavarse tu nariz.
Que sí, que no,
que ya, que luego.
No me mires, no me toques.
Abrázame y desbójame.
Ya déjame! Que el cielo...
Arrójame al infierno!
Que sí! Que Ay!
Que no! Que Ay!
Mi casa mira hacia el jardín desierto,
y a través de la ventana del estudio,
me distraigo con los raras cabildosa
de una raza merida por el viento.

Al cadáver de una coqueta

Estraña armonía de labios herméticos
finos y apretados en una musca azul.
Estraña armonía desnuda de cosméticos,
tu cadáver ha sido tu mejor sé.

A la cruz

Dulce carga la del tallo
que se inclina bajo el lirio.
Dulce carga la del leño
en que se ha dormido Cristo.

Cómo te envidio, cruz de los alives!
Cómo alcanzar destino tan inmensos?
Abrazada a Dios fuiste en su muerte,
y vivirás así los siglos de los siglos.

Nona

Con manos de ciprésa y alas
flores de nácar los pies,
mi musa me ha recostado
a la vara de un ciprésa.

Duerme que duerme mi niño
a la vara del ciprésa,
sin noche, sin alborada,
sin antes y sin después.

Duerme que duerme mi niño
a la vara del ciprésa,
que es tu sueño mi morada
al despertar no me vas...

Que en soñando eres eterno
y estás conmigo,
y en despertando no eres,
sin un pretexto vacío.

Musa mía, musa mía,
Dónde has ido, dónde estás?
Qué solo queda, qué frío,
tan pronto como te vas!

Musa mía, musa mía,
Dónde has ido, dónde estás?
Hay me llevaste el olvido,
ya no quiero despertar.

Forma Beatriz

~~Que tu... venga... flaccida...~~
En las rosas del CIELO
Y llegue su perfume
Hasta nuestro suelo,
Para que el martirio
Que coronó tu frente
Sea luz de llama
Que, reproche candente,
Nos haga más buenos,
Tolerantes, prudentes,
Y nos diga con voces
de anatema estridente:
¡Siempre AMOR es VIDA!
¡Siempre el ODIO es MUERTE!

Jorge Servetti Ramos

1962